

German Mut o la valentía alemana

→ SERAP GÜLER

Desde 2012 es diputada de la Unión Demócrata Cristiana (CDU) en el Parlamento del estado federado alemán de Renania del Norte, Westfalia, y miembro del directorio de la CDU. Desde abril 2014 es líder de la CDU en Colonia.

Yes, we can —en español, «sí se puede»— fue el inolvidable eslogan utilizado por Barack Obama en su primera campaña presidencial. Originalmente la frase no perseguía ese propósito. Sin embargo, en un acto de campaña de 2008, Obama la repitió como respuesta a grandes desafíos globales como paz y justicia en el mundo. A partir de ahí adquirió tal popularidad que se transformó en eslogan. Muchos habitantes del

Viejo Mundo, específicamente muchos alemanes, relacionaron este *yes, we can* con algo típicamente norteamericano, sinónimo de optimismo infinito y una buena dosis de sobreestimación, dos cualidades que no necesariamente se asocian con Alemania.

Los alemanes no nos destacamos por derrochar optimismo sino más bien por ser temerosos. No obstante, en estos días contamos con un lema que tiene la fuerza de convertirse en igualmente inolvidable y que fue utilizado por primera vez unas semanas atrás por nada menos que nuestra canciller Angela Merkel: «*Wir schaffen das*» —en español: «¡Lo lograremos!»—. Estas dos palabras hacen referencia a la actual crisis de refugiados en Europa que nos plantea serios desafíos y seguirá planteándolos durante mucho tiempo más.

Según datos proporcionados por el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR), ya suman sesenta millones las personas que en todo el mundo buscan huir de guerras, conflictos y persecuciones. Es la cifra más alta que jamás registró el organismo. La principal causa del aumento en el número de refugiados es la guerra que asuela a Siria. En su mayoría son refugiados internos, es decir, personas que buscan refugiarse en otras regiones del propio país o en países vecinos como El Líbano o Turquía. Los menos lograron llegar el año pasado hasta Europa. Y aun cuando esto siga siendo así hoy, lo cierto es que el número de personas que han perdido toda esperanza de paz en la patria aumenta en forma constante.

Una comparación entre el número de refugiados que llegó el año pasado a Alemania y la cantidad de personas que lo hicieron este año ilustra la situación: mientras que en 2014 fueron 202.834 las personas que presentaron una solicitud de asilo en el país, a fines de agosto de 2015 ya sumaban un total de 256.938, superando la cantidad de solicitudes presentadas en todo 2014. Hasta fin de año esta cifra aumentará considerablemente. El Ministerio del Interior alemán estima que un total de 800.000 personas buscará refugio este año. Junto con Suecia, Alemania figura así entre los países de la Unión Europea que más refugiados recibe. El enorme incremento de refugiados obedece a diferentes causas. Al hecho de haber perdido toda esperanza de un pronto fin de la guerra, se suma el creciente desabastecimiento en los centros de refugiados masivos instalados en la región. Según ACNUR, los recursos disponibles no alcanzan para ayudar a 3.900.000 refugiados sirios y más de 20 millones de personas de otras nacionalidades que han buscado refugio en lugares de acogida en países vecinos. Debido a una brecha de 3470 millones de dólares en los recursos financieros disponibles para paliar la situación de los refugiados, este año fue necesario reducir las raciones de alimentos para 1.600.000 personas, 750.000 chicos no pueden asistir a la escuela, se recortaron medidas sanitarias que podrían salvar vidas, entre ellas la atención de 70.000 mujeres embarazadas. Cerca del 80 % de los refugiados en las ciudades jordanas viven con menos de 2,80 euros por día. El 45 % de los refugiados

en El Líbano viven en albergues que ofrecen condiciones de vivienda insuficientes. La mayoría de los cerca de 2.000.000 de refugiados que llegaron a Turquía no viven en los centros de acogida que apenas tienen lugar para entre 300.000 y 500.000 personas. El resto trata de sobrevivir como puede en las grandes urbes. La falta de perspectivas y la proximidad del invierno son algunas de las razones por las cuales cada vez más personas emprenden el camino hacia Europa. En junio de este año tuve la oportunidad de visitar junto con una delegación la pequeña isla griega de Lesbos. En condiciones normales seguramente se trata de un lugar idílico con sus olivares, pequeñas callejuelas y barcas pesqueras ancladas en el puerto. Pero las condiciones no eran normales y muchas de las embarcaciones no eran botes pesqueros sino barcas que transportan refugiados hasta la isla. En junio eran 500 por día, aproximadamente la mitad de lo que llega en la actualidad. Entre ellos hay chicos, mujeres, ancianos. Nunca antes vi en un mismo lugar tantas personas juntas, obligadas a pernoctar a la intemperie. En sus rostros se reflejaban las penurias vividas, y su «equipaje», en general apenas un bolso, era una prueba de todo lo que debieron dejar atrás a cambio de la esperanza de salvar la vida. La inmensa mayoría provenía de Siria, algunos del Iraq y otros de Pakistán. Me miraban con rostros agotados y desorientados. Para la mayoría de los refugiados, la isla no es el destino final sino apenas una escala intermedia para llegar a Alemania, Suecia, Austria o Francia. Sin embargo,

«En sus rostros se reflejaban las penurias vividas, y su «equipaje», en general apenas un bolso, era una prueba de todo lo que debieron dejar atrás a cambio de la esperanza de salvar la vida»

si quieren tomar el trasbordador que los llevará a Atenas deben registrarse previamente en la oficina de registro e identificación que funciona en un centro de detención para inmigrantes ubicado a 60 kilómetros del puerto. La ley griega prohíbe a los refugiados utilizar transportes públicos o taxis, por lo que no les queda más remedio que emprender el camino a pie. Todo automóvil que quiera llevarlos, se hace pasible de una multa. Por lo tanto rara vez se detiene un auto y los refugiados deben hacer todo el trayecto a pie. Son imágenes y narraciones que lamentablemente ponen de manifiesto que las fronteras exteriores de la UE también se convierten en fronteras de la dignidad humana. Todo esto evidencia la gravedad de la situación. Hay muchísimas imágenes más, imágenes que tienen la fuerza de un puñetazo y que nos llegan a diario en Europa: imágenes de personas que se ahogan en el Mediterráneo, que terminan asfixiadas en camiones de traficantes o mueren tratando de atravesar el desierto. Todas ellas buscan huir. Las imágenes son tremendas y se han convertido en el símbolo de la actual crisis de refugiados en Europa. Estamos en condiciones de superar esta crisis con éxito. A Europa solo le

falta la voluntad de hacerlo. Parecería ser que en estos días el viejo continente ha olvidado su propia historia. El presidente de la Comisión Europea, Jean Claude Juncker, hizo un intento de traerla nuevamente a nuestra memoria. En su primer discurso sobre el estado de la UE ante el Parlamento Europeo, Juncker usó palabras de advertencia pero también mostró el camino a seguir. Me permito citar sus conceptos centrales:

Falta Europa en esta Unión. Y falta unión en esta Unión. [...] Deberíamos recordar bien que Europa es un continente donde casi todo el mundo fue refugiado alguna vez. Nuestra historia común se caracteriza por los éxodos de millones de europeos huyendo de las persecuciones religiosas o políticas, la guerra, la dictadura o la opresión. [...] Europa es hoy un faro de esperanza, un oasis de estabilidad a los ojos de las mujeres y hombres de Oriente Próximo y África.

Esto tiene que inspirar en nosotros orgullo, no miedo. [...] Tenemos medios suficientes para ayudar a las personas que huyen de la guerra, el terror y la opresión. [...] Sin embargo, si en un ámbito Europa no ha estado claramente a la altura de las circunstancias, ese ha sido el de la solidaridad común con los refugiados que llegan a nuestro territorio. [...] Necesitamos más Europa en nuestra política de asilo. Necesitamos más Unión en nuestra política de refugiados.

Palabras fuertes que hasta ahora no fueron seguidas por hechos igualmente fuertes. Sin embargo, estos hechos son necesarios. No solo es importante que Angela Merkel tenga razón con su lema. Lo importante es que solo podremos superar exitosamente el desafío planteado si la Unión Europa en su conjunto y también el resto del mundo asumen su responsabilidad, y no solo unos pocos países. Cerrar las fronteras construyendo alambradas como lo hacen Gran Bretaña y Hungría no expresa la idea europea, más bien traduce vocación de aislamiento y de soslayar la propia responsabilidad. Europa es más que el euro. En el pasado sostuvimos que el fracaso del euro era también el fracaso de Europa. Lo mismo puede afirmarse en la situación actual: si fracasamos en la crisis de los refugiados, fracasaremos como Unión Europea, uno de cuyos pilares fundamentales es la solidaridad. Los grandes desafíos deben ser enfrentados juntos. Esto no significa que Alemania busque deshacerse de su responsabilidad. Todo lo contrario. Dijimos ya que Alemania es el país europeo que más refugiados acoge. Somos conscientes de la responsabilidad que significa ser la cuarta economía del mundo. Estamos dispuestos a seguir asumiendo nuestra responsabilidad. Según lo establecido en la Convención de Ginebra sobre los Refugiados y el artículo 16a de la Constitución alemana, las personas que por su origen, nacionalidad, religión o convicción política necesitan protección, deben obtener y obtendrán esa protección en nuestro país. Somos un país abierto al mundo. La solidaridad que se está ma-

nifestando en estos momentos, que vemos en nuestras ciudades y comunas, pone de manifiesto hasta qué punto ha cambiado Alemania. Basta comparar la actual situación con la década de 1990, cuando lemas como «el barco está lleno» dominaban el debate sobre asilo político. Hoy decimos ¡lo lograremos! y recibimos con aplausos y un fuerte «bienvenidos a Alemania» a los cientos de refugiados que bajan de los trenes. En mi distrito electoral de Colonia fundé un año atrás una mesa redonda para refugiados. En un principio la iniciativa tuvo escasa resonancia, pero hoy nos resulta difícil ubicar a todos los voluntarios que se acercan para ofrecer su ayuda. En estos días asistimos en toda Alemania a una increíble ola de solidaridad, apoyo y buena predisposición para acoger a más refugiados. Es algo que enorgullece y que está relacionado con que, después de mucho vacilar, finalmente encontramos nuestra identidad como país de inmigración. Somos muchos los alemanes que pensamos que la crisis actual puede ser una oportunidad y un beneficio para nosotros. Pero solo será así en la medida en que no repitamos los errores del pasado y definamos a tiempo el camino a seguir. Muchos años preferimos ignorar que las personas que llegaban a Alemania en calidad de *gastarbeiter* —trabajadores temporarios— querían quedarse entre nosotros para siempre. Mucho tiempo nos negamos a implementar una política de integración inteligente y previsora. No podemos permitir que eso nos vuelva a suceder. El pasado 3 de octubre festejamos el 25.^º aniversario de la unidad alemana. La unificación

marcó otro gran desafío que afecta a varias generaciones. En su discurso durante el acto oficial en conmemoración de la reunificación, el presidente alemán Joachim Gauck señaló que la integración de los refugiados plantea un desafío más grande que el que supuso la unidad alemana. Sostuvo que era necesario superar distancias mucho más grandes que las que existieron en su momento entre alemanes del este y del oeste, unidos por una misma lengua y una misma cultura e historia. «A diferencia de entonces, hoy deben fusionarse dos culturas que hasta ahora existieron en forma separada», agregó el presidente. Palabras que ponen de manifiesto que el verdadero desafío aún nos espera. Las personas que muy probablemente permanecerán entre nosotros para siempre no solo necesitan vestimenta y alimentos, o una vivienda. También debemos darle la oportunidad de aprender nuestro idioma e integrarlos en el mercado laboral lo antes posible, para que puedan vivir por sus propios medios y tengan la perspectiva de un futuro mejor. Antes accedían a estas oportunidades solo las personas cuya solicitud de asilo ya había sido aprobada. Sin embargo, el trámite de aprobación implica en nuestro país un largo tiempo de espera, siete a ocho meses como mínimo. En adelante, los refugiados podrán aprovechar

«**Si fracasamos en la crisis de los refugiados, fracasaremos como Unión Europea, uno de cuyos pilares fundamentales es la solidaridad**»

este tiempo para aprender alemán, con lo cual se facilitará la comprensión mutua y la capacidad de zanjar posibles malentendidos, que seguramente habrá. En nuestro país hay mucha gente predisposta a acoger a los refugiados, pero también hay personas que sienten temor. El temor ante lo desconocido no es algo típicamente alemán, es un sentimiento propio del ser humano. Y nadie puede evitar verse involucrado en la actual situación. La crisis del euro era más bien abstracta. La crisis de los refugiados no solo nos obliga a tomar posición, también afecta a todos y a cada uno concretamente. El elevado número de refugiados que llega a diario obliga a muchas comunas alemanas a instalar centros de acogida de emergencia que albergan a cientos de personas. No todos los vecinos de estos centros se sienten cómodos al ver que tanta gente de otra cultura se muda a su vecindario. Cuando a esos resquemores se agregan problemas de comunicación, muchas veces no puede darse el diálogo que es necesario para dispersar el miedo. La actual crisis en Europa y en Alemania requiere fundamentalmente un replanteo de la política de refugiados. Antes que levantar barreras se trata de demostrar responsabilidad humanitaria más allá de cualquier frontera. En un plazo más largo ni Alemania ni la Unión Europea en su conjunto podrán seguir recibiendo la actual cantidad de refugiados. Por eso es necesario que nuestros esfuerzos también estén dirigidos a combatir las causas que llevan a tantas personas a escapar de sus países de origen. Esto no significa que podamos poner fin a la guerra en Siria. Pero

podemos mejorar las condiciones de vida en la región. Los hechos enumerados ponen de manifiesto la gran necesidad que existe. En las condiciones reinantes es ciertamente comprensible que las personas quieran huir de esta situación. Para evitarlo debemos reforzar nuestra ayuda en El Líbano, Irak del Norte, Jordania y en Turquía. No solo en el plano financiero sino ayudando en los países mismos a generar mejores perspectivas de vida para sus habitantes. También eso es responsabilidad humanitaria.

Por otra parte, es cierto que no todo aquel que llega a nuestro país realmente necesita nuestra protección. En particular quienes llegan desde los Balcanes —a comienzos de año sumaban un apreciable 40 %— en su gran mayoría no escapan de la persecución política, sino de la situación económica reinante en su patria. Humanamente sus razones son atendibles. Nadie puede tomarles a mal buscar una vida mejor. Sin embargo, no podemos ofrecer esa esperanza a todos. No se trata de hacer una subdivisión en *refugiados de primera* y *refugiados de segunda clase*, sino de una clara definición de quién es refugiado de acuerdo con nuestra Constitución y quién no lo es. Se agrega que casi todos los países de los Balcanes Occidentales son candidatos a integrar la UE. Además de los problemas económicos, estos países presentan un elevado nivel de corrupción y muestran falta de voluntad política a la hora de garantizar igualdad de trato a sus minorías, en particular al pueblo de los Roma. En estos casos es cuando los negociadores europeos deben



Migrantes en Hungría, cerca de la frontera con Serbia
Foto: Gémes Sándor/SzomSzed [CC BY-SA 3.0] via Wikimedia Commons.

ejercer más presión y, de ser necesario, aplicar sanciones. También podemos instar a las empresas alemanas a invertir más en los países balcánicos. Empresas alemanas que exigen de sus empleados locales conocimientos de alemán, y les ayudan financieramente para que puedan aprenderlo, tienen ventajas en situaciones de falta de personal calificado. Del mismo modo deberemos hacer un profundo análisis de nuestra política de subsidios y desarrollo en África.

Estoy convencida de que lo lograremos, porque podemos hacerlo. Demostramos el *yes, we can* de Barack Obama en más de una oportunidad. Basta recordar nuestra historia para

darnos cuenta de que superamos desafíos similares anteriormente. Pensemos tan solo en el final de la Segunda Guerra Mundial con sesenta millones de refugiados en Europa, o en el momento en el que se celebró la Convención de Ginebra sobre el Estatuto de los Refugiados y en las razones que llevaron a ese convenio. En el pasado logramos sortear con éxito muchos desafíos. También sabremos superar con éxito el nuevo escenario. Alemania ha dado una muestra de cómo es posible hacerlo. El tan mentado temor alemán ha dado paso a la valentía alemana, que ahora bien puede servir de ejemplo para otros.